

los hombres. Bien pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y le lleva al África. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destrucción y la venganza. La presencia del bárbaro en África despierta otros bárbaros, que dormían en las arenas del desierto. Los mauritanos al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan, y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre á la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienhadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se extendían rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía unidos en un mismo sentimiento de odio y de venganza. El horror que esta irrupción derramó en los desgraciados habitantes del África, fué tal, que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, á fin de que emponzoñado por la peste el aire, empoznara á los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Carta-

go, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente destrozada y reedificada por sus mismos vencedores los romanos. Cartago tenía edificios magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas y un floreciente comercio; recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago había representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Había subido hasta disputar el dominio del mundo á Roma; y el recuerdo de su grandeza era un título de su desgracia. Genserico, impulsado por la Providencia á borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilización, entra en la ciudad de Annibal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destroza hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los des-pavoridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilización. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caían sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arrastrados á las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos á los que habían tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban á la vela en los puertos de Afri-



ca, llevan hermosas cautivas á los serrallos y á las mancebías. El Africa era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subia al cielo á la manera de un triste holocausto ofrecido al Dios de las venganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aquejaba á los bárbaros. Genserico llegaba á las orillas del mar, extendia su mirada por aquellas azules ondas, y ansioso de domeñar más ciudades y ver más pueblos sujetos á su voluntad, extendia las velas, y se daba á merced de los vientos, seguro de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrificar á su voracidad y tesoros con que satisfacer su codicia, como si él mismo sintiera que su voluntad y sus fuerzas y su espada eran los instrumentos con que el Eterno destrozaba un mundo para abrir paso á la eterna idea del progreso, que así se levanta del seno de las escuelas como de la desolacion de los combates. El viento le empujó á Italia, y su deseo le llevó á Roma. La Ciudad Eterna, la que amedrentó al mundo con su poder, la que tenia en sus manos las coronas de todos los reyes, y en sus templos los dioses de todas las religiones; la que habia llevado á sus escuelas todos los sabios, á sus campamentos todos los guerreros, á su literatura el espíritu de todos los pueblos; la que guardaba la sancion de toda soberanía, el alma de todo derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos sacerdotes, sin sus

heróicos guerreros, desposeida de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de sus vicios, vió acercarse á su seno, sin espanto, sin temor, á los últimos bárbaros, á los vándalos, que destrozaron hasta sus ruinas y demolieron sus edificios quebrantados, y pulverizaron sus estátuas rotas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos de todos los siglos, los restos de todos los templos, los cuerpos helados de todos los dioses, como para borrar del espacio hasta las huellas de las ideas y de los poderes que habia condenado la Providencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El patricio romano ya no tiene fuerza para ponerse de pié, ni para buscar en sus hogares las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora tremenda de la guerra abandona el cuidado de su hogar y de sus penates á los mismos bárbaros. El mundo clásico, que habia dominado toda la tierra, se entrega á sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César, á contener á los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos



bárbaros que no fueron osados á mirar á Roma sino de rodillas y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilizacion moderna, ruda en su cuna, sobre la civilizacion antigua, podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma y del fundador del Imperio, como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido Imperio debia morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados á la guerra, sino en los campos consagrados al placer y á la licencia, para significar que los pueblos mueren más bien que por la espada de sus enemigos por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilizacion antigua, se extingue; la reina de las naciones muere.

¿A quién, á quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilizacion un refugio? Si vuelve los ojos á Occidente, ve al bárbaro Genseric, que despues de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante á esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve á Oriente, ve correr á Odoacro, al bárbaro Odoacro, á ceñir una cadena á la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos; ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un mi-

llar de romanos al pié de sus ídolos; no hay remedio, el despotismo ha podrido á Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvacion ni esperanza. Pero, señores, si la hay, si la hay. En medio de aquella desolacion universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre; cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva á las mismas fieras; en esta desolacion universal, San Agustín se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fé, transfigurado por la esperanza, enseñando á los hombres que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir, la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (Aplausos.)

Hemos concluido. Ahí teneis el mundo que vamos á recorrer en el presente curso. Hemos visto la revolucion social, personificada en Neron, el derecho en Marco Aurelio, la iniciacion de la tiranía pretoriana en Cómmodo, el gnosticismo oriental en Heliogábalo, la union del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religion en Diocleciano. el reconocimiento de esa



religion en Constantino, el símbolo de la fé en el concilio de Nicea, la reaccion pagana y la filosofía neo-platónica en Juliano, el triunfo del Cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la unidad de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Genseric, el triunfo de los bárbaros sobre el Imperio en Odoacro, pero el triunfo más alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la *Ciudad de Dios*, que San Agustin enseña al mundo desolado como una eterna esperanza. (Aplausos.) Busquemos tambien nosotros esa ciudad. El hombre antiguo en su desolacion, en su desgracia creia que el mundo de la felicidad y de la razon quedaba á sus espaldas, que conforme iba caminando hácia adelante iba huyendo de su bien, que cada generacion seria más enferma y más desgraciada y más esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del siglo xix, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida á nuestros mandatos; la tierra esclava de nuestra voz; nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la nocion sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo de la libertad y

de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra naturaleza y en las inviolables promesas del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)